

BELTRAN, Vicenç (2022), *Inés de Castro, Leonor de Guzmán e Isabel de Liar. Del Romancero al mito*. México: Frente de Afirmación Hispanista, 361 pp. ISBN: 978-84-19369-06-2

Vicenç Beltran ha concentrado buena parte de sus esfuerzos en el estudio del carácter pragmático de la literatura. Esta vía de análisis le ha permitido llegar a hipótesis de trabajo muy interesantes e innovadoras sobre distintas obras de la tradición española. Tal es el caso del libro que nos ocupa ahora, en que el autor logra proponer una explicación convincente a la fusión de las historias de Inés de Castro y Leonor de Guzmán en un ciclo de romances cuya protagonista es una, hasta cierto punto, ficticia doña Isabel de Liar. A partir de su demostración de la existencia de romances particulares sobre Inés de Castro y Leonor de Guzmán, Beltran nos ofrece un muy cuidadoso examen sobre la conformación del mito inesiano en las literaturas castellana y portuguesa, fundamentado en uno de estos romances compuesto con fines propagandísticos. A lo largo de su argumentación, Beltran hace patente el uso que se hizo de la historia de Inés de Castro desde las crónicas, pasando por el romancero, hasta la poesía y teatro cortesanos como herramienta de legitimación o deslegitimación de su linaje, según las necesidades políticas de cada momento. Nos encontramos frente a un trabajo complejo por la copiosa información que contiene, pero claro en sus objetivos y metodología. Las conclusiones son concretas, sustentadas por una copiosa documentación que permiten al lector contrastar las ideas expuestas en el volumen.

Beltran inicia su estudio con un sencillo sumario sobre las historias de Inés de Castro y Leonor de Guzmán. Destaca su importancia en la tradición literaria, aunque señala como cada figura se asimiló de distintos modos en ella. En el caso de Inés, nos dice, la creación de su mito por la literatura fue tardía, a comienzos del siglo xvi; no obstante, inspirada por los romances sobre Isabel de Liar –seguramente conocidos desde finales del siglo xv– y complementada ampliamente por las crónicas, «que habían conservado el recuerdo de los sucesos clave, la pasión de Pedro I y la muerte violenta y poco comprensible de Inés» (p. 18). Anota sobre Leonor de Guzmán que «en su momento su figura debió tener un gran desarrollo literario» (p. 19) en la corte de Alfonso XI, y que los poemas relativos a la amante regia son los únicos testimonios que podemos localizar. No obstante, la pérdida de casi toda la «lírica producida en Castilla durante el siglo xiv relegó su figura al mundo menos atractivo de las crónicas» (*ibid.*) Ambas figuras, sin embargo, convergen en un conjunto de romances tradicionales cuya función fue determinante

para la configuración de sus mitos literarios pues estos, como señala el filólogo, «complementados con elementos cronísticos, parecen haber sido la materia prima sobre la que se cimentó» (p. 20) cada uno. Antes de iniciar con su propio análisis, realiza un detallado estado de la cuestión para mostrar las directrices que han tomado los estudios y las interpretaciones sobre los romances desde que Agustín Durán notó por vez primera su cercanía con la historia de Inés de Castro. Señala Beltran que ha sido poco atendido por la crítica el uso propagandístico que se hizo de los romances creados en torno a estas dos figuras femeninas, por lo cual le interesa arrojar luz crítica sobre este aspecto, a fin de aportar otras explicaciones para el cruce de estas historias en un mismo ciclo.

Para explicar el contenido de los romances, a Beltran le interesa saber «qué podían saber del personaje sus autores y coetáneos o, si su contenido podía haber llegado verosímilmente por vía tradicional, cuáles pudieron ser sus fuentes de información extraromancísticas y hasta qué punto la relación entre diversos romances y cada una de sus versiones permite una explicación en términos de tradicionalidad o sugiere otras interpretaciones» (p. 55). Con este objetivo, Beltran emprende un repaso de los documentos y crónicas que dan información sobre los hechos que nos interesan. El estudioso advierte que «de los escasísimos documentos relativos a Inés de Castro emitidos durante el reinado de Pedro I, solo uno fue expedido en vida de ella y la mayoría tienen que ver con su muerte o con sus consecuencias» (p. 60). A estos documentos, a pesar de su escasez, los considera de mayor prioridad para el estudio del caso pues los supone menos contaminados «que las crónicas, escritas precisamente para ofrecer o consolidar una interpretación de los hechos, la que interesaba al cronista o, para ser más precisos, a sus comanditarios» (*ibid.*). Nota Beltran que, a pesar de no tener por objeto el transmitir la historia particular de la dama, en estos documentos ya se encuentran casi todos los elementos con que se conformó el mito de Inés de Castro; no obstante, presentan una falta importante pues no es posible, mediante ellos, «remontarnos ni a las motivaciones de los actores ni a los detalles de una trama narrativa» (*ibid.*). Fueron los cronistas quienes organizaron la información que estos documentos nos brindan en narraciones organizadas. La tradición historiográfica que trata sobre Inés de Castro, incluso, poco se desvía de los hechos referidos en los documentos más cercanos. Empero, como señala el estudioso, debe tomarse en cuenta que el relato nació durante una crisis sucesoria, de la cual sus hijos formaron parte al ser contrarios a las aspiraciones del futuro João I. Estas circunstancias de lucha por la sucesión de Fernando I, nos dice, «contaminaron definitivamente toda la documentación y la cronística, nacidas al calor de los hechos cuando no con el fin expreso o tácito de justificarlos» (p. 72). Por ello, en su análisis de las crónicas, Beltran hace patentes los distintos tratamientos que recibió la historia de Inés de Castro, destinada

a legitimizar o deslegitimar su figura, dependiendo de quién la transmitió y qué objetivos buscó alcanzar.

En el siguiente capítulo, Beltran hace un análisis similar al de Inés de Castro para la figura de Leonor de Guzmán. Nota que, a diferencia de la primera dama, Leonor de Guzmán fue olvidada por las crónicas castellanas posteriores al reinado de Alfonso XI, seguramente porque a sus descendientes poco les interesaba recordar que su linaje proviene de la amante del rey. En cambio, señala Beltran, «las donaciones que de [Alfonso XI] recibió fueron tan cuantiosas y su relevancia administrativa, en consecuencia, alcanzó tal relieve que la documentación conservada sobre ella y sus hijos es muy considerable» (p. 133) y permite entender algunas de las acciones de los protagonistas de este caso. Por ejemplo, demuestra que, a diferencia de lo que muchos estudiosos consideran, María de Portugal no fue una mujer pasiva e indiferente frente a «la relación continuada y pública de su marido con Leonor» (p. 135); en cambio, Alfonso XI recibió muchos reproches por su actitud frente a la reina y el propio Alfonso IV, padre de María, trató por muchas vías de cambiar el comportamiento del rey castellano. Frente a estas recriminaciones, de las cuales tenemos testimonio, hay indicios de que Alfonso XI temió «por la seguridad futura de su amante y de sus hijos» (p. 139), por lo cual buscó defenderlos mediante diversas estructuras institucionales. De las acciones que Alfonso XI tomó para tratar de proteger a su amante ha quedado registro en los documentos que analiza Beltran. Considera que estas noticias permiten dilucidar «el nacimiento de un despecho y un odio profundo que explica el trágico final a que condujeron» (p. 140), pues muchas de éstas implican el menoscabo de María de Portugal frente a Leonor de Guzmán. A pesar del claro silencio de las crónicas respecto a la amante regia hay tres en que se menciona, aunque de forma sucinta: la *Crónica de don Alfonso el oncenno de este nombre*, la *Gran Crónica de Alfonso XI* y el cronístico *Poema de Alfonso XI*. Por otro lado, la poesía parece ser el terreno en que los amores del rey con Leonor tuvieron mayor desarrollo. Así lo muestran un par de poemas «que pueden referirse con mucha verosimilitud a los amores de nuestro rey con Leonor de Guzmán» (p. 144). El primero, conservado en los dos apógrafos italianos de la lírica galaico-portuguesa (*B*, *V*), está explícitamente atribuido a Alfonso XI y «siempre se ha dado por supuesto que se trata de su amante de toda la vida, Leonor» (*ibid.*). El segundo se conserva copiado en dos mitades separadas que aprovechan espacios en blanco del apógrafo de la Vaticana (*V*). Aunque esta composición es anónima, Beltran la relaciona con la primera mencionada porque «contiene muchos elementos que la asocian [...] y bastantes sugerencias sobre a quién va destinada y quién es el autor» (p. 152). Con esto confirma que la figura de Leonor de Guzmán estuvo presente en la producción lírica de la corte castellana, de donde pudieron pasar elementos de su historia a

otras vías de comunicación, como el romancero. Termina este capítulo con la revisión de la hipótesis de Jorge de Sena sobre la corrupción del nombre de Isabel de Lara, por la que termina como Isabel de Liar en los romances que estudia. Considera que la hipótesis es factible, aunque no serían los romances sobre Isabel de Lara los que absorbieran la historia de Leonor de Guzmán, sino al revés, debido a la importancia que alcanzó la amante regia.

Comienza Beltran con el análisis puntual de los contenidos de los romances referentes a doña Isabel de Liar, enmarcándolos en un contexto de uso propagandístico. Para ello toma como referencia el uso de la profecía como instrumento de legitimación o deslegitimación política que, en el caso de Enrique II, sirvió para desprestigiar el linaje del rey Pedro I. Señala como los romances relativos a Pedro I fueron «inspirados por la propaganda antipetrista y se insertan con naturalidad en la campaña lanzada por Enrique de Trastámara para justificar su rebeldía y el fratricidio» (p. 191). Considera probable que, como parte de la intensa campaña de deslegitimación contra Pedro I pudieran gestarse los romances de doña Isabel. Nota Beltran que, si bien es posible –como propone Jorge de Sena– que el nombre de Isabel de Liar sea tergiversación de Isabel de Lara y que romances relativos a la muerte de esta mujer pudieran servir a los propósitos de Enrique II, las motivaciones del asesinato del personaje se relacionan más con la figura de Leonor de Guzmán; por otro lado, la narración de la muerte de este personaje se corresponde con la que ofrecen las crónicas en el caso de Inés de Castro. ¿A qué se debe entonces esta clara mezcolanza de elementos? Beltran considera que, además de «un proceso de simbiosis muy apropiado a una larga tradición oral, la misma que permite el olvido, tergiversación o trabucamiento de la onomástica y de la toponimia» (p. 209), la posibilidad de componer un romance sobre la base de otro es la explicación más sencilla y factible para este caso. Recuerda las copiosas correspondencias entre los romances sobre Pedro el Cruel y considera que fue «recurso general usar la falsilla de un romance para construir otro de asunto semejante» (p. 211). Por otra parte, una vez que perdió importancia la deslegitimación del linaje de Pedro I, los romances sobre Leonor de Guzmán «quedaron relegados, ya lejos del interés oficial, y acabaron por perderse, contaminando, eso sí, otros relatos de tema emparentado como podía ser la muerte de Isabel de Lara o la de Inés de Castro» (p. 212). Beltran, al analizar los romances sobre Isabel de Liar a la luz de los conflictos castellano-portugueses, considera la existencia de romances sobre Inés de Castro que, como el romancero petrista, funcionaron como instrumento de propaganda para justificar las pretensiones castellanas sobre Portugal. En este sentido se explica mejor la presencia de elementos históricos verificables que, sin embargo, no se encuentran en las crónicas posteriores, pues pudieron ser los propios descendientes

de Inés, protagonistas de estos conflictos, quienes proporcionaron estos datos para la composición de una versión primitiva de «Yo me estaba en Giromena». De igual manera, la pérdida de interés en este primitivo romance sobre Inés de Castro facilitó su contaminación con el contenido del perdido texto sobre Leonor de Guzmán y el alejamiento del ámbito cortesano que los relegó a una oralidad musical propició la tergiversación de la onomástica y abrió camino a secuelas como las versiones conservadas de *La venganza de doña Isabel*, cuyos disparates históricos reflejan la lejanía «de toda fuente de información fiable de la boca y la pluma de músicos o letristas que nada sabían de todo esto» (p. 248).

En el último capítulo, Beltran examina la conformación del caso de Inés de Castro en un mito literario que se extendió por Castilla y Portugal. Señala el estudioso que, si se sitúa «el nacimiento del mito entre los exiliados portugueses en Castilla, alrededor de los hijos de Inés de Castro, convenientemente aventado por los intereses publicitarios de las tensas relaciones entre los primeros Trastámaras y João I de Avis, no resulta extraño que su primera aparición en la alta literatura se diera también en Castilla» (p. 249). Señala como en la *Estoria de dos amadores* de Juan Rodríguez del Padrón se encuentran ya algunos puntos de contacto con la historia de Inés y Pedro I y que, además, de ella pudieron transmitirse algunos motivos a otras obras como el *Balladro del sabio Merlin* castellano y el *Tristán en prosa*. No obstante, nos dice Beltran, lo más probable es que la tradición literaria en torno al mito inesiano dependa, por un lado, del romance «Yo me estaba en Giromena» y, por el otro, de las crónicas portuguesas. Considera que «el romance debió proporcionar la popularidad y las crónicas el prestigio de veracidad necesario para una interpretación no exclusivamente fabulada» (p. 252). Beltran ofrece un análisis detallado de todo este proceso, que inicia con un cambio de interpretación del personaje de Inés de Castro, dado en las *Trovas* de Garcia de Resende, quien fuera «el primero en defender la honestidad y rectitud de Inés y en buscar la solidaridad y la complicidad del lector» (p. 255), partiendo de la información que le ofrecían las crónicas y los romances. Nota que este cambio de actitud frente al personaje de la dama se encuentra también en la *Chronica de El-rey Afonso o Qvarto* de Rui de Pina y que ambos autores «están relacionados por pertenecer a un mismo ambiente, la corte de Manuel el Afortunado, y responden a idéntico cambio de orientación respecto a la figura de Inés de Castro, que comienza a ser la desdichada amante injustamente asesinada» (p. 256). Por supuesto, como se ha visto a lo largo del estudio, el nuevo tratamiento que se ha dado a Inés de Castro depende de las necesidades políticas de las familias reinantes de Castilla-Aragón y Portugal. Ante la nada fácil unión, «Inés se convertía en el gozne entre ambas familias» (p. 258). Con el tiempo, la historia familiar también serviría a los Castro castellanos y

portugueses, que «solicitan al unísono la protección de unos monarcas a cuya familia reivindican su pertenencia» (p. 274).

Cierra el volumen un copioso «Anexo documental», en el cual se contienen, íntegros, los extractos de las obras historiográficas y poéticas que utilizó Beltran para su análisis sobre la evolución del relato de los amores y asesinato de Inés de Castro. Esto permite el cotejo de las fuentes principales para el mito inesiano. Hemos de señalar que, además de servir al lector para corroborar y comprender de mejor manera el desarrollo del mito descrito por el filólogo en su estudio, es una valiosa fuente de información para investigadores interesados en el tema, puesta a su alcance en un único volumen. En el caso de los romances que compila en este anexo, Beltran anota las variantes, lo cual le permite dar cuenta de las correcciones a las que pudieron estar sujetos los textos durante su transmisión impresa.

La visión de conjunto sobre el *corpus* romanceril que hemos alcanzado mediante el estudio de las compilaciones de romances impresas durante el siglo XVI se ve ahora complementada con el estudio particular de este ciclo de romances de orígenes propagandísticos, surgido por las necesidades políticas de su tiempo, que tuvo amplias resonancias en la configuración de un mito literario desarrollado por castellanos y portugueses. Este volumen es un valioso ejemplo de las posibilidades que ofrece el estudio de la literatura a partir de su contexto sociopolítico y del uso pragmático que de ella puede hacerse. En el caso particular del romancero, esta metodología de trabajo nos permite ofrecer explicaciones fundamentadas en testimonios documentales que dan mayores certezas para aclarar los cambios sufridos por los textos durante su difusión por diversos medios y el alcance que pudieron tener en su tiempo. No nos queda más que encomiar los esfuerzos hechos por Vicenç Beltran para lograr esta importante tarea.

Luis Carlos VENTURA ESCUDERO
Universidad Autónoma Metropolitana (México)
csh2251800256@xanum.uam.mx
<https://orcid.org/0000-0001-6307-6211>